

“Sobre la crisis en el Sur y las cumbres a la vista”

Ahora, que ya vamos siendo dolorosamente conscientes de lo que el vendaval financiero está trayendo a nuestra sociedad (paro, precariedad, ahogo hipotecario, etc.), y mientras nuestros políticos juegan a distraernos (“*estamos mejor preparados que el resto*” -¿que quién exactamente?, “*hemos logrado ir a la reunión*”- ¿y qué propuesta lleváis?) , no está de más que echemos la vista a los efectos que se prevé tendrá la crisis en los países del Sur, o “en desarrollo”, como se dice en lenguaje oficial.

Las hipótesis más optimistas hablaban de que la crisis no tendría grandes repercusiones en los países del Sur. Por un lado, se manejaba la hipótesis del “desacople” de las economías de los llamados países “emergentes”, que les permitía crecer cuando había recesión en las economías “centrales”. Por otro, los países más pobres apenas estaban conectados con los mercados financieros occidentales en colapso, y sí algo más con los “emergentes desacoplados” de sus respectivas regiones (China, India, Suráfrica, Brasil, por ejemplo). Adicionalmente, muchos países del Sur habían aprendido la lección de las crisis financieras regionales que se han venido produciendo en el último cuarto de siglo - desde la crisis de la deuda de los años ochenta en latinoamérica hasta la crisis del sudeste asiático de hace diez años- y habían acumulado importantes reservas para afrontar tiempos revueltos venideros.

Sin embargo, los países del Sur ya empiezan a pagar la factura de un desastre en el que no han tenido ni arte ni parte, y que, para variar, amenaza con terminar afectando a las poblaciones más vulnerables de dichos países. ¿Cómo así? Por varias vías. Veamos algunas. Primero, por la vía del comercio. Es evidente que si hay parón y corte crediticio en los países ricos, se comprará menos de las cosas que se producen en el Sur. Una buena cantidad de esas cosas las produce China, que a su vez compra petróleo, minerales y otras materias primas a países productores de los mismos. Se entiende que ahora comprará menos. Una menor demanda de esas materias, además, hará bajar sus precios, reduciendo de este modo las fuentes de ingreso de los países.

Una segunda vía es la de los flujos financieros de distinto tipo. De un lado, las dificultades de acceso al crédito se van a dejar notar también en los bancos locales, que a su vez, se lo van a poner más difícil a los clientes, desde empresas hasta cooperativas campesinas y otras iniciativas de desarrollo económico local. No es descabellado pensar que la alternativa del microcrédito, que en algunos lugares y con determinadas condiciones ha funcionado bien para los sectores excluidos, también acabe sucumbiendo a la contracción crediticia. En segundo lugar, hay otros dos flujos financieros que van del Norte hacia el Sur que pueden empezar a disminuir. Nos referimos a las remesas de los inmigrantes y a la ayuda oficial al desarrollo. Ya se sabe de la relevancia de las primeras para la economía de muchos países y de muchas familias en los mismos. Con el aumento del paro en EE.UU y Europa (especialmente en el sector de la construcción), sin embargo, ya se empiezan a conocer algunos datos de descenso en las mismas. Por ejemplo, en el segundo trimestre de este año, las remesas que entraban en Ecuador bajaron en un 8% , y las cifras de México también apuntan a esa tendencia.

En cuanto a la ayuda al desarrollo merece la pena hacer dos consideraciones. La primera es que, según datos de la OCDE, la ayuda al desarrollo ya venía decreciendo globalmente en los últimos dos años. Y ello pese a toda la retórica de los Objetivos de Desarrollo del Milenio y todos los compromisos adoptados desde 2005 (por señalar una fecha cercana) a esta parte. ¡Qué barato sale mentir a los pobres! Y si con vacas gordas no se cumplía, ¿qué esperar cuando estas empiezan a adelgazar? ¿Cumplirán ahora los que se habían comprometido a alcanzar el simbólico 0'7% en 2012 (España entre ellos, también Gran Bretaña. Más cerca, la ley vasca de cooperación también lo

establece para la misma fecha)? Sobran las razones para el escepticismo. La escasa credibilidad que queda a los países ricos en esta materia es una no poco importante. Pero es que además la historia reciente confirma que las crisis financieras hacen que la ayuda al desarrollo se desplome. Así sucedió después de la crisis de los países nórdicos (modélicos en la materia) en 1991. Casi 10 años se tardó en recuperar los niveles de ayuda precrisis. Por su parte, Japón recortó en un 44% su ayuda entre 1990 y 1996, luego de una importante crisis, y aún no ha regresado a las cifras anteriores a las turbulencias financieras.

En último lugar, hay que señalar que las medidas que los países ricos han adoptado para apuntalar sus sistemas financieros, respaldándolos con unas mareantes cifras de dinero público (unos tres billones de dólares, lo que equivale a 30 veces la ayuda al desarrollo global en 2007) no son neutrales para el Sur. Esas medidas, además de poner de manifiesto el doble rasero de los países ricos (Stiglitz desmenuzó con detalle el papel del FMI en la crisis asiática), ha tenido el efecto de hacer que los capitales vuelen más rápido del Sur al Norte, a la búsqueda de la seguridad que otorgan unas medidas, que jamás se podrán permitir en otros países. Esto nuevamente implica menos disponibilidad de capital, crédito más caro y restrictivo.

Todo lo que venimos diciendo no implica una asunción acrítica e implícita de lo que había antes de la crisis. De ningún modo. Y deseamos que lo que salga después sea algo *diferente*. Conocemos las injustas reglas de comercio internacional vigentes; no ignoramos que la extracción de los recursos naturales en los países pobres no suele hacerse en beneficio de la mayoría de la población; tampoco nos es ajena la idea de que la ayuda oficial al desarrollo muchas veces va asociada a intereses estratégicos del donante; y también sabemos que la inversión financiera y productiva en los países del Sur puede estar muy alejada de servir al desarrollo de los pueblos. Pero, sin duda, el descenso de la actividad comercial y las dificultades de acceder al crédito, junto con la reducción de las remesas y de la ayuda, supondrán unas tensiones fiscales muy fuertes a los estados del Sur.

Es decir, recaudarán menos y, por ende, los recortes de los gastos estarán al orden del día, afectando a infraestructuras y servicios básicos vitales para la gente, especialmente para los sectores más vulnerables. Esto incidirá en un aumento de la pobreza y de la desigualdad social. Y aunque, supongamos, la crisis dure poco, las consecuencias de un incremento de la pobreza en una sociedad son de largo aliento. Pensémoslo por un instante y pongámonos en su lugar, ahora que no hacemos más que hablar de innovación en nuestro entorno. ¿Qué nos pasaría como sociedad en el medio y largo plazo si toda una generación de niños (y, especialmente, niñas) redujera sus años de escolarización? Aún peor, ¿qué pasaría, además del inconmensurable dolor personal y familiar, si aumentara considerablemente el número de los desnutridos y de los que mueren antes de los cinco años? Esto último nos resulta imposible de imaginar. Y es que, remedando al anuncio, crisis aquí se dice pasarlas canutas. Pero, y sin quitar ningún hierro a lo nuestro, en el Sur crisis se dice “menos escuela”, “menos médico”, “menos proteínas”.

Y en este contexto nos encontramos cuando se convoca en Washington una reunión para intentar repensar la arquitectura financiera internacional a mediados de noviembre. Tal encuentro es la respuesta a los llamados que diferentes agrupaciones de países (desde la Commonwealth hasta el G8, pasando por la UE y Naciones Unidas) han venido haciendo desde hace unos meses para que se iniciara un proceso de reflexión y reforma del sistema equiparable a la reunión de Bretton Woods de hace casi 65 años, donde se sentaron las bases institucionales de la economía internacional para la época de posguerra. El lugar y la fecha de la convocatoria, así como los participantes invitados a la misma merecen algún comentario. En cuanto al lugar, se ha sabido que Bush rechazó el ofrecimiento de Ban Ki-moon, Secretario General de Naciones Unidas, para alojar el encuentro en la sede neoyorquina de la organización

internacional, algo que hubiera contribuido a revestir de mayor legitimidad al encuentro y a conectarlo con otros procesos que Naciones Unidas tiene puestos en marcha con objetivos parecidos al que justifica la reunión de Washington. Uno de estos procesos es grupo de trabajo puesto en marcha y conocido como Panel Interactivo sobre la Crisis Financiera Global, presidido por el nobel Stiglitz, para repensar el rol de las instituciones financieras internacionales, que se reunió a finales de octubre por primera vez. El otro proceso bajo el auspicio de Naciones Unidas es la Conferencia de seguimiento sobre Financiación para el Desarrollo que tiene lugar en Doha dos semanas después de la cumbre convocada por Bush, para revisar los acuerdos a los que se llegó hace seis años en Monterrey sobre finanzas y desarrollo.

Esta última reunión de Doha está siendo absolutamente relegada en la agenda y (casi) nadie habla de ella. Está claro que la crisis exige respuestas rápidas, pero sería ingenuo pensar que es casual la convocatoria de la reunión de Washington justo dos semanas antes que la de Doha. ¿Cuál es la diferencia? En la primera, EE.UU., anfitrión, controla la agenda y los invitados, y - jugando en casa y con la lista de asistentes en su poder-, tendrá un margen de maniobra aún mayor que el habitual para perfilar las medidas a adoptar o el proceso a seguir para llegar a ellas. La transparencia en las deliberaciones se puede prever escasa. El reconocimiento de los errores pasados y la asunción de responsabilidades, tirando a cero. En definitiva, es una reunión de club privado, más amplio que el G8, pero con similares carencias en cuanto a su legitimidad y representatividad de "los afectados". Para la reunión de Doha, del 29 de noviembre al 2 de diciembre, lleva trabajándose años. Existe un borrador de documento, negociado de manera verdaderamente multilateral, con presencia amplia del Norte y del Sur, donde se habla exactamente de la necesidad de revisar a fondo "la arquitectura financiera y monetaria internacional y las estructuras de gobernanza global". Ha habido amplias consultas con la sociedad civil. Por supuesto, ni ha sido un proceso perfecto ni su contenido deja satisfechas las demandas más avanzadas. Pero se trata de un espacio donde a los grandes no les queda otra que negociar con los pequeños, que, como hemos visto, salen muy perjudicados de esta situación. Si se ha de poner en pie un nuevo sistema, es necesario un proceso mucho más incluyente y transparente que el previsto en Washington. Si el modelo es Bretton Woods, no hay que olvidar que éste se llevó a cabo bajo el amparo de Naciones Unidas.

Miguel González